

BENITO DÍAZ



La protesta popular en Talavera: el motín del pan de 1898.

LA IMPOSIBILIDAD de canalizar las protestas sociales a través de los partidos políticos o de las organizaciones sindicales durante el periodo de la Restauración, debido a la adulteración del sistema político existente, que impedía la participación en la vida pública a amplios sectores de la sociedad española, provocó que siguiese funcionando el mecanismo tradicional de la revuelta popular, en la que a finales del siglo pasado todavía predominaba como principal desencadenante de la misma el precio del pan, en lugar de un nexo más moderno como era el del salario. En este sentido, el motín de Talavera de la Reina, que está bien documentado, nos sirve para analizar el mecanismo utilizado para exteriorizar la protesta por parte de los sectores sociales más castigados por la crisis económica de finales del siglo XIX.

EL ESCENARIO DE LA PROTESTA POPULAR

En 1898, Talavera de la Reina era una pequeña ciudad encorsetada por los cinturones amurallados que la habían protegido siglos atrás, que conservaba aún buena parte de la estructura urbana heredada de su pasado hispanomusulmán: calles estrechas y de trazado irregular y sinuoso, que formaban una auténtica trama laberíntica de calles, callejas y callejones ciegos, lo que convertía a su casco urbano en un excelente marco para el desarrollo de la protesta popular, una vez que ésta se hubiese desencadenado, pues favorecía la rápida dispersión de la multitud.

El censo de población de ese año registra un total de 10.544 habitantes, con un claro predominio de las mujeres sobre los hombres, pues el 53,14 por ciento de la población talaverana eran hembras y el 46,86 varones. A estos habitantes había que agregar la abundante población flotante que, procedente de su amplia zona de influencia, la ciudad recibía diariamente.

La agricultura constituía la principal fuente de ingresos y de riqueza de Talavera, dando ocupación a la mayoría de su población activa; de hecho, en 1895 aparecen censados como jornaleros un total de 1.203 varones, lo que representa el 49,34 por ciento de la población activa local con más de 25 años¹. Este porcentaje, ya de por sí bastante significativo, se elevó al 53,23 por ciento en 1901, año en el que se censaron como jornaleros un total de 1.299 hombres. A estas cifras de braceros había que añadir un buen número de mujeres que, en épocas de recolección o cuando más brazos se necesitaban para realizar las faenas agrícolas, eran contratadas también como trabajadoras eventuales.

El campo talaverano contaba con una tecnología muy rudimentaria y con una escasa mecanización, lo que hacía que el sector agrícola estuviese a merced de las condiciones climáticas. Hasta los años treinta del actual siglo no se introdujo de forma sistemática y relevante el regadío en su término municipal, a pesar de estar enclavado en un amplio valle formado en la confluencia de dos importantes ríos: el Tajo y el Alberche. Los propietarios rurales y los jornaleros coincidían a la hora de apoyar el inmovilismo del sector agrario; los primeros porque la abundancia de mano de obra la hacía barata, y los segundos porque sin mecanización su concurso en las labores agrícolas resultaba más necesario.

Los rendimientos que se obtuvieron en las distintas cosechas de cereal, que era con gran diferencia el principal cultivo en el término municipal de Talavera, fueron poco satisfactorios para los cosecheros en los últimos años de la década de los noventa del pasado siglo. Así, en 1896, la pertinaz sequía que tuvo lugar durante la primavera influyó muy negativamente en la producción por hectárea de todos los cultivos de secano, por lo que ese año los agricultores sacaron en procesión a la Virgen del Prado, patrona de la villa, para implorarle la llegada de las tan deseadas y necesarias lluvias. Las rogativas fueron un recurso extremo muy utilizado en las postrimerías del siglo, debido a la evolución poco favorable para la agricultura de las condiciones climáticas.

Tampoco en 1897 resultaron buenas las cosechas de los cereales, que fueron calificadas por los agricultores como de *"regular la del trigo, mediana la de avena, escasa la cebada y mala la de centeno"*². Asimismo, en abril de 1898, se presentaba con perspectivas poco favorables la cosecha

de ese año, que a la postre resultaría tan crucial como dramático³.

Por otro lado, el sector olivarero, que también había proporcionado bastante riqueza a algunos agricultores de la zona y trabajo a muchos obreros sin especialización, estaba paralizado desde las fatídicas heladas de 1870, que arruinaron la mayoría de los olivares, lo que repercutió de manera significativa en un incremento del paro invernal, que ya de por sí era considerable.

Si por el número de habitantes Talavera era considerada como una ciudad, título administrativo que había conseguido en 1876 como favor regio cuando todavía no alcanzaba los 10.000 habitantes de derecho que se necesitaban para ello, luego, por la forma de vida y por el comportamiento cotidiano de la mayoría de sus moradores, así como por su principal actividad económica no se puede hacer en ella una diferenciación clara y rotunda entre el mundo rural y el mundo urbano, pues existe una continuidad, una transición sin apenas rupturas entre el espacio rural y el espacio urbano, que se invaden y complementan mutuamente. Sólo bien entrado el siglo XX se puede hablar en la comarca talaverana de una ruptura o contraposición entre estos dos mundos.

Políticamente, los grupos sociales que dominan de forma palpable y sin demasiados sobresaltos o contratiempos el poder local, simbolizado y representado en el Ayuntamiento, son los medianos propietarios rurales y urbanos, así como los comerciantes y los industriales. Ejemplo de este dominio es la composición profesional que tiene la corporación municipal de 1897, que estaba formada por siete propietarios, tres comerciantes, tres industriales, un tratante de ganados, que también era propietario rural, un agricultor y un médico, desconociéndose la profesión de uno de los concejales. Esas son las profesiones que de forma mayoritaria detentan el poder local en el período comprendido entre 1876 y 1923, en el que se alternan al frente de la alcaldía el partido Liberal y el partido Conservador, salvo el paréntesis de 1886 a 1891 en el que hubo un alcalde perteneciente al partido Republicano Federal ⁴.

ORIGEN Y DESARROLLO DEL MOTÍN.

En los primeros meses de 1898, como ya venía siendo la tónica general en casi todos los inicios de cada año, la paralización casi por completo de la actividad en el sector agrícola ocasionó una importante crisis laboral, quedando bastantes braceros sin ocupación, y por lo tanto sin su principal y casi único medio de sustento. Ante estas adversas circunstancias, los trabajadores en paro se dirigieron al Ayuntamiento para solicitar a las autoridades municipales trabajo y ayuda económica y poder así sobrellevar los duros meses invernales. El alcalde ofreció unos

cuantos jornales, insuficientes a todas luces para contentar a los muchos parados, y bonos de comida para que las familias con menos recursos económicos comprasen el pan algo más barato en determinadas tahonas concertadas con el Ayuntamiento⁵. Estas medidas que con asiduidad adoptaban las autoridades locales para hacer frente a las crisis laborales tuvieron un resultado escasamente positivo, pese a lo cual, no se buscaron otras posibles soluciones.

Con estos antecedentes, cuando circuló por Talavera el rumor de que los empresarios del gremio de panadería iban a incrementar el precio del pan, de dos libras de peso, a 50 céntimos, la calma social existente en la ciudad empezó a resquebrajarse por momentos, pues los salarios, cuando había trabajo en el campo, y esto en el mejor de los casos para los jornaleros ocurría 150 días al año, oscilaban entre 1,25 y 1,50 pesetas para una larga jornada de trabajo.

Ante estos rumores, que tenían todos los visos de hacerse realidad, hacia las 10 de la mañana, de manera totalmente espontánea, se formó una manifestación, compuesta por unas 80 mujeres, que pacíficamente se dirigieron al Ayuntamiento para entrevistarse con el alcalde que en esos momentos estaba reunido en sesión ordinaria con el resto de componentes de la corporación municipal, con el objetivo de exponerle sus preocupaciones ante lo que para ellas era una inminente subida en el precio del pan, alimento que constituía la base fundamental en la dieta de la mayoría de la población⁶.

Debido al carácter pacífico adoptado por las manifestantes, que no habían lanzado ningún grito ni improperio, el alcalde accedió a entrevistarse con una comisión formada por varias mujeres, que de forma breve le expusieron sus reivindicaciones: que el Ayuntamiento diese trabajo a todos los que estaban en paro y que las autoridades hiciesen desistir a los panaderos de sus pretensiones de elevar el precio del pan.

La primera autoridad local, que a lo largo del desarrollo del motín se revelaría como un mal negociador y un hombre sin capacidad de persuasión, en una época en la que eran esenciales las dotes personales para determinar el resultado final de los conflictos, pretendió en primera instancia calmar a las manifestantes diciéndoles que la "*Corporación atendería sus lamentos*", y les rogó que se retiraran a sus casas guardando el mismo orden que habían llevado hasta el Ayuntamiento. Tanto el alcalde como el resto de los concejales dijeron desconocer la situación de crisis que afectaba a numerosos vecinos, pues creían que en esa época del año había trabajo suficiente para todos los jornaleros y resto de trabajadores manuales. En realidad la situación se presentaba bastante delicada para las autoridades, que no estaban en las mejores condiciones

para realizar promesas que luego pudiesen cumplir, porque en los últimos días de abril la corporación municipal en pleno, en un arrebatado de patrioterismo, que sólo sacudió a las clases locales económicamente más acomodadas, había decidido entregar las 500 pesetas existentes en el Capítulo de Imprevistos, que normalmente se utilizaban para dar bonos de comida y ocupación a los trabajadores sin recursos, a la Armada española para ayudar a reforzarla y poder defender en mejores condiciones las últimas colonias españolas en ultramar, que desde hacía años estaban en el punto de mira del entonces todavía incipiente imperialismo yanqui. La donación de estas 500 pesetas a la Armada condicionó negativamente la actitud del alcalde, que conocía el mal estado en el que se encontraban las arcas municipales. También sabía perfectamente que los mayores contribuyentes locales no estaban dispuestos a entregar más dinero al erario público para paliar la crisis obrera, como reconocerá días después en un bando hecho público el 22 de mayo. En el caso de Talavera existió una correlación evidente entre la crisis política que se vivió con motivo del conflicto bélico con los Estados Unidos de Norteamérica y la crisis de subsistencias.

Pese a que no ofrecieron medidas concretas a las reivindicaciones que se les formularon los ediles talaveranos creyeron, tras la corta entrevista mantenida, que la calma se restablecería con relativa facilidad, pero el rumbo que pronto adquirieron los acontecimientos les demostrarían que estaban muy equivocados, pues las mujeres, nada más salir de la sala de sesiones del Ayuntamiento, lejos de deponer su actitud de protesta, se dirigieron a una panadería situada en la calle de la Concepción, propiedad de los señores Iglesias y Casajuana y lanzando gritos contra los acaparadores de granos, a los que responsabilizaban del alto precio que tenía el pan en la localidad, destrozaron los ocho sacos de trigo que allí encontraron: el motin estaba en sus comienzos. Mientras tanto las autoridades se encontraban muy lejos de entender lo que se les avecinaba, con lo que difícilmente pudieron adoptar las medidas pertinentes para evitarlo.

Informado con prontitud de los destrozos realizados por las manifestantes, la primera autoridad local, en vez de dirigirse personalmente al lugar donde se habían producido los hechos, mandó a los dos primeros tenientes de alcalde para que intentasen calmar a las alborotadoras, pero aquellos regresaron pronto al Ayuntamiento diciendo que el tumulto, lejos de aminorarse, había ido en ascenso, al adquirir la manifestación un contenido de clara animadversión contra los propietarios de trigo y de harina.

En un primer momento el blanco de las iras de los sublevados fueron

los señores Iglesias y Casajuana, ricos hacendados locales, pues su casa también resultó apedreada, rompiéndose la mayoría de los cristales de la vivienda, ante la presencia de los dos representantes municipales enviados por el alcalde, que se vieron impotentes en todo momento para poner freno a los desmanes.

Posteriormente, los amotinados, pues ya se habían incorporado bastantes hombres, se encaminaron hacia la estación del ferrocarril para tratar de impedir la salida de un vagón cargado de trigo que estaba dispuesto para ser exportado a Madrid. Al tener conocimiento de nuevo el alcalde del cariz que estaban adquiriendo los acontecimientos ordenó a los mismos concejales que junto a los empleados municipales que encontrasen a su paso, acudiesen a la estación del ferrocarril con el fin de intentar sosegar los ánimos, y en esos momentos suspendió la sesión ordinaria que se había seguido celebrando a pesar de lo delicado de la situación que ya se vivía en Talavera.

Ese mismo día, el 2 de mayo, fecha tan representativa en el calendario festivo de algunos pueblos y ciudades españolas ⁷, estalló otro motín en la localidad asturiana de Gijón. A partir de entonces y hasta el 15 del mismo mes, los motines se extendieron por más de 60 localidades españolas, en las que tuvieron lugar alteraciones más o menos graves del orden público ⁸. En la provincia de Toledo hubo también desórdenes importantes en Villacañas, Navahermosa y Menasalbas, y de menor transcendencia en Los Navalmorales, Yébenes, Urda, Cebolla, Madriddejos, Consuegra, Torrijos, Puebla de Montalbán, Villafranca de los Caballeros, Puente del Arzobispo, Gamonal, Cuerva, Alcaudete, San Martín de Pusa, Carpio de Tajo, Orgaz, Lilo, Santa Olalla y Quero ⁹.

Desde la alcaldía se pusieron en contacto con el resto de las autoridades locales para tratar de reunir el mayor número de componentes de las fuerzas del orden público, que en 1875, según datos del Ayuntamiento estaban compuestas por ocho guardas municipales, siete guardas rurales, tres guardas de los jardines públicos y dos serenos, a los que había que añadir doce guardias civiles.

El capitán de la benemérita, que se personó con gran celeridad en la Casa Consistorial, únicamente disponía de cuatro guardias civiles, pues el resto estaban ausentes, prestando diferentes servicio por la comarca.

Se mandó llamar a todos los guardas, alguaciles y serenos municipales, que dicho sea de paso habían solicitado en los últimos días de abril incremento de sueldo argumentando que la carestía de la vida hacía que no pudiesen satisfacer sus necesidades más perentorias, con lo que la subida del precio del pan remachaba aún más su delicada situación económica. La coincidencia de sus intereses económicos con las reivin-

dicaciones planteadas por los amotinados debieron influir sin duda en el poco celo profesional que demostró la policía municipal durante los dos días que duró el motín, pues el peso del restablecimiento de la paz social lo llevó la guardia civil.

Mientras se estaban reuniendo las fuerzas de orden público los revoltosos destrozaron los sacos de trigo que encontraron en la estación del ferrocarril. En la mayoría de las localidades los principales incidentes que se registraron durante los motines tuvieron lugar en la estación del tren ¹⁰ pues los amotinados -igual que ocurrió en Talavera- intentaron evitar la salida de trigo y de harina dado que con su exportación se limitaban las existencias locales de estos productos y consecuentemente se encarecía su precio.

Una vez de regreso de la estación, los amotinados, que ya se contaban por centenares, apedrearón otra vez la casa de los señores Iglesias y Casajuana y se encaminaron al convento de los jesuitas, contra los que se lanzaban gritos de mueras, pues se les acusaba de fomentar con su dinero la exportación de trigo ¹¹.

Las autoridades locales, la policía municipal y los cuatro guardias civiles disponibles en esos momentos se dirigieron con urgencia al convento de los jesuitas con la intención de defenderlo de las iras de los amotinados, a los que se encontraron de frente en la calle Toro Encohetado. El concejal Fulgencio Farinós, que escribiría luego un pequeño libro con la intención de justificar la actuación de las autoridades municipales, en el que se narraba como se desarrollaron los hechos que tuvieron lugar durante el motín, se adelantó a la comitiva e intentó apaciguar los ánimos de los amotinados prometiendo que "*su justa petición sería atendida*" ¹², pues se evitaría la subida del precio del pan y desde el día 3 de mayo se daría trabajo a todo el que lo solicitase. Pero sus exhortaciones y sugerencias, lejos de tener un efecto apaciguador provocaron que la actitud de los revoltosos se tornase mäs violenta, pues estos llegaron al extremo de proferir amenazas y de lanzar piedras contra los representantes municipales.

SAQUEO DEL CONVENTO DE LOS JESUITAS

En esos momentos eran más de 300 las mujeres y más de 500 los hombres congregados alrededor del convento que participaban activamente en el motín, a los que había que sumar bastantes personas que de forma pasiva observaban lo que ocurría.

El protagonismo de la revuelta lo llevaron en todo momento las mujeres, que eran las que día tras día se enfrentaban de forma más directa con la carestía de la vida ya que generalmente, dentro de la

división del trabajo familiar, se encargaban de comprar los alimentos. Para ello debían hacer auténticos milagros pues el exiguo salario de 1,50 pesetas daba para muy poco cuando tan solo el pan se llevaba casi la mitad de la renta familiar. Asimismo, como afirma Vallejo Pousada ¹³ muchas mujeres se dedicaban a la venta o reventa de productos sobre los que recaía una tributación excesiva, y por otra parte, las fuerzas represivas del Estado tenían más cautela a la hora de realizar acciones de violencia contra los que protestaban cuando estas eran mujeres, dado que la opinión pública se mostraba entonces más sensible. Los hombres que intervinieron en el motín, aunque animaban constantemente a las mujeres, adoptaron un papel más secundario, ofreciendo su apoyo y su protección si la policía reprimiese violentamente la protesta.

El convento de los jesuitas tenía unas diez puertas, lo que hizo que la policía y la guardia civil tuviesen que dividir sus efectivos para tratar de proteger todos sus accesos y esto provocó que fuese más vulnerable, pues después de más de una hora de forcejeos entre los representantes del orden y las amotinadas, estas consiguieron romper una de las puertas del edificio. Una vez dentro abrieron el resto de las puertas y arrojaron a la vía pública todo lo que encontraron: libros sagrados, crucifijos, sotanas, casullas, hábitos, imágenes, colchones, camas, muebles y ropas. Todo fue destrozado y posteriormente quemado en una gran hoguera. También se arrojaron a la calle jamones, chorizos, trigo y comestibles de toda clase que tenía la bien surtida despensa del convento, lo que sin duda debió aumentar aún más la animadversión de los amotinados contra los jesuitas, pues algunos sectores de la sociedad talaverana, como ya hemos mencionado anteriormente, les imputaban el ser los instigadores de la exportación del trigo que se cosechaba en el término municipal de Talavera, con la consiguiente degradación de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Los jesuitas, que lograron ponerse a salvo escondiéndose en la torre y en los desvanes del edificio, una vez más sirvieron de señuelo para atraer a las iras de las masas, que pretendieron, aunque sin conseguirlo, quemar el convento.

En esos momentos la exasperación de los sublevados había alcanzado su punto más culminante y para alguno de los concejales solo se podía vencer ese paroxismo y restablecer el orden con *“las bayonetas y las balas”* pues se había establecido una lucha desigual entre la *“razón y el delirio”*¹⁴. A las 2 de la tarde, tras varias horas de graves desmanes, el alcalde ordenó tocar las campanas de la plaza del Reloj en son de somaten. Al poco tiempo acudieron vecinos dispuestos a colaborar con la policía en el restablecimiento del orden, celebrándose una reunión en el salón de sesiones de la Casa Consistorial para deliberar la táctica a seguir contra

los sublevados. En la reunión, que no estuvo presidida por la máxima autoridad local sino por el capitán de la guardia civil y por el concejal Tomás Suárez Muñoz, se acordó que todos los hombres armados se dirigiesen, divididos en dos secciones, al convento de los jesuitas para despejarlo de la gran multitud que lo invadía, cosa que lograron tras duros esfuerzos. Parecía que los actos vandálicos habían sido sofocados por completo y que la calma se restablecería fácilmente a partir de aquellos momentos. Pero esta impresión fue solo un espejismo, pues los amotinados, lejos de cejar en su empeño, se dirigieron al almacén de granos que los señores Iglesias tenían en la calle Caridad con la intención de llevarse el trigo que en el estaba guardado. Esta vez las autoridades y las fuerzas del orden, a empujones y a golpes consiguieron proteger el almacén en primera instancia de los saqueadores, pero ante la actitud agresiva de las masas se debieron retirar del lugar dejando el almacén desprotegido.

El alcalde, que había estado fuera de escena enviando telegramas a diferentes puntos de la provincia en los que se solicitaban refuerzos, enterado de como estaba la situación, se dirigió en compañía del coronel de esta zona y de varios vecinos armados a la calle Caridad, y a fuerza de súplicas y de ruegos consiguió apaciguar los ánimos de los amotinados que aceptaron realizar otra entrevista con las autoridades en el Ayuntamiento, cuyo salón de sesiones se llenó completamente de vecinos. En la reunión, varias representantes elegidas por las mujeres amotinadas se volvieron a ratificar otra vez en sus peticiones, que fueron de nuevo asumidas por la alcaldía. Desde el balcón se informó del resultado de la entrevista al resto de los amotinados que esperaban impacientes en la plaza del Pan, por no haber más personas en el Ayuntamiento.

Las autoridades creyeron que si aceptaban íntegramente las peticiones que les formularon los amotinados, aunque luego no pudiesen ser cumplidas, se restablecería la calma en la ciudad, pero cuando estaban buscando la manera de recaudar fondos con los que llenar las vacías arcas municipales, cientos de personas, a la hora en la que el sol se ocultaba, venciendo la resistencia de la policía que protegía el convento de los jesuitas, volvieron a penetrar de nuevo en el edificio, destrozando lo poco que se había salvado de la vez anterior. En esta ocasión las autoridades se mostraron más eficaces y consiguieron con prontitud echar del convento a los saqueadores. La manifestación se disolvió en pequeños grupos de alborotadores que fueron controlados por las fuerzas del orden público que contaron con la ayuda de más de 70 vecinos armados, que patrullaron toda la noche por las principales calles de la ciudad, practicándose algunas detenciones.

LLEGADA DE REFUERZOS DE LA GUARDIA CIVIL

Las buenas comunicaciones, tanto por carretera como por ferrocarril, con las que contaba Talavera posibilitaron que desde localidades próximas llegasen durante toda la noche tropas de la guardia civil. También se desplazaron a la ciudad desde Toledo el delegado especial del gobernador civil, acompañado del abogado fiscal de la audiencia provincial.

Al iniciarse el día 3, en prevención de que pudiesen repetirse los incidentes de la jornada anterior, se dispusieron en la plaza de la Constitución, protegida por más de veinticinco guardias civiles, unos 3.500 panes de dos libras de peso, al precio de veinticinco céntimos. Sin embargo, numerosas mujeres en actitud violenta y amenazante impidieron que el pan fuese comprado por considerar que su venta a bajo precio era una medida dilatoria puesta en práctica por el alcalde, que no garantizaba en absoluto el que no se produjera la anunciada subida del pan por parte de los panaderos. Finalmente, los piquetes de mujeres, después de mucho gritar y sin hacer caso de la posición intimidatoria que adoptaron los miembros de la benemérita, se lanzaron sobre las tarimas en las que estaba colocado el pan, que rodó por los suelos, al mismo tiempo que se proferían injurias contra el alcalde y contra conocidos cosecheros y acaparadores de trigo.

Una vez inutilizada buena parte del pan dispuesto para la venta se formó una manifestación que se dirigió hacia la calle Trinidad profiriendo gritos contra los acaparadores de granos y también de mueras contra estos y contra los ricos. Amenazas que no se quedaron en meras palabras, pues los manifestantes penetraron en la vivienda de una de las personas acusadas de ser un acaparador de granos y quemaron sus muebles y demás enseres, arrasando también el depósito de harina y de trigo que ese propietario tenía en la misma calle. Cuando las fuerzas del orden hicieron acto de presencia en el lugar hacía más de una hora que la casa y el almacén de Luciano Sánchez habían sido saqueados. Desde la calle Trinidad los manifestantes marcharon de nuevo hacia el centro de la ciudad, que era donde seguían desplegadas las tropas de la guardia civil, y a pesar de esta presencia destruyeron en la calle Corredera las oficinas que en ella tenían los señores Iglesia y Casajuana, ante la mirada del propio delegado gubernativo que presenció parte del saqueo sin mandar intervenir a la policía, al entender que con ello se evitaría el derramamiento de sangre. A continuación, los sublevados, que seguían encabezados por mujeres, conscientes de su poder intimidatorio y envalentonados por la pasividad de la guardia civil, se dirigieron al Ayuntamiento

para pedir la libertad de los detenidos por participar en los sucesos del día anterior. El alcalde accedió a esta nueva petición de los amotinados con la condición de que depusiesen la actitud de protesta y se retiraran pacíficamente a sus respectivas casas, aspecto este que fue aceptado por los manifestantes.

La orden de puesta en libertad de los detenidos fue firmada por el alcalde, que personalmente se la entregó a una de las interlocutoras nombrada por las amotinadas. De esta forma, aunque para el poder establecido la violencia de las masas nunca estaba justificada, se legitimaban las protestas de los amotinados, que en algunos momentos fueron entendidas y apoyadas por las propias autoridades. A partir de ese momento el motín adquirió un contenido de protesta antifiscal, pues los manifestantes solicitaron la supresión del impuesto de consumos, que debido al carácter regresivo que tenía el régimen tributario existente durante la Restauración, generoso con los ricos e injusto y duro con las clases desfavorecidas, gravaba a los artículos de primera necesidad, que por ser productos de demanda rígida hacían que la Hacienda española tuviese unos ingresos seguros. Asimismo, a pesar de que la politización de los motines es escasa, debido a que ningún partido político ni organización sindical capitalizaron las protestas¹⁵, nos encontramos en el motín de Talavera con ciertos indicios, aunque todavía débiles, de matiz político, como es el tremolar de una bandera, que según el concejal Fulgencio Farinós carecía de color definido.

Pese a que la comisión de mujeres que se habían reunido con el alcalde habían garantizado que la manifestación se disolvería con la puesta en libertad de los detenidos, al llegar las amotinadas frente al estanco situado en la calle Arco de San Pedro, todavía en las proximidades del Ayuntamiento, lo asaltaron a pesar de estar cerrado y protegido con cancelas de hierro, llevándose todos los objetos de valor que había en su interior. En esta ocasión el delegado del gobernador civil actuó con presteza y dió órdenes tajantes a la guardia civil para que interviniese y disolviese a los alborotadores aunque para ello tuviesen que hacer uso de sus armas de fuego. Bastó el gesto hostil de las fuerzas del orden para que los amotinados desalojasen inmediatamente el estanco y por espacio de unos 30 minutos escasos quedasen desiertas las calles céntricas, pero al retirarse de nuevo la guardia civil para formar otra vez en la plaza del Reloj a 40 metros escasos del estanco, que quedó sin custodia y con las puertas abiertas, aparecieron por los muchos callejones laberínticos que conformaban el centro urbano, numerosos manifestantes que volvieron a penetrar en el estanco y continuaron con su saqueo y destrozo. Un nutrido grupo de mujeres pretendió también asaltar el fielato de

consumos, pero en esta ocasión bastó la actitud decidida y amenazante de seis guardias civiles para hacerlas desistir de su empeño.

Aunque en esos momentos las fuerzas de la guardia civil superaban el centenar de efectivos, los manifestantes ocupaban la plaza del Reloj y las calles adyacentes a ella, hasta que las autoridades consiguieron convencer a las amotinadas para que se retirasen a sus casas prometiendo que luego, a las 2 de la tarde se repartirían los panes que no habían sido inutilizados en el asalto de por la mañana. Los revoltosos depusieron por instantes su actitud de protesta y la ciudad permaneció en calma por espacio de una hora, pero pronto se volvieron a formar grupos, primero de mujeres y luego también de hombres, que recorrían las calles pidiendo casa por casa limosnas. Los grupos que al principio estuvieron integrados por tres o cuatro mujeres, acabaron por estar formados por unos quince o veinte integrantes, siendo cientos las personas que solicitaban ayuda, y como no había limosnas para todos, los ánimos se fueron exacerbando una vez más.

A las 2 de la tarde se empezaron a repartir con normalidad los panes prometidos por las autoridades, pero pronto una avalancha de mujeres se precipitó hacia las cestas y las mesas en los que estaban colocados y los arrebataron de manera violenta.

LA VUELTA A LA NORMALIDAD

Este ambiente de tono altamente crispado fue el que encontró el teniente de la guardia civil de caballería, que al frente de nueve hombres llegó a las 3 de la tarde en un tren de mercancías ¹⁶, sumándose a los más de 140 guardias civiles que en esos momentos estaban desplegados por la ciudad.

La llegada de este pequeño grupo de guardias civiles a caballo fue determinante para acabar con el motín, pues según las autoridades municipales, el joven teniente y sus nueve hombres, con unas cuantas maniobras intimidatorias con los sables consiguieron en pocos instantes restablecer la paz social, que ya no sería alterada.

Los componentes de la corporación municipal y demás autoridades locales y provinciales que habían mostrado su incapacidad para hacerse con las riendas del motín y que fueron desbordados por la magnitud que adquirió este, quisieron dar un fuerte escarmiento a los amotinados, por lo que la represión, que fue bastante dura, no se hizo esperar. A partir del 3 de mayo se detuvo a más de 200 personas sospechosas de haber participado activamente en el motín.

Aunque las fuerzas de orden público carecían de medios y de técnicas modernas de carácter disuasorio, lo que acentuaba aún más su radicalis-

mo en los casos de represión, en esta ocasión la actitud de la guardia civil contra los manifestantes se saldó sin provocar heridos graves.

La cárcel municipal se quedó pequeña para albergar a tantos detenidos, por lo que se encerró a más de 100 mujeres en salas del hospital municipal que carecían de ventilación. El director del hospital alertó a las autoridades quince días después de ocurrido el motín que dos detenidas presentaban infecciones que según el podían degenerar en fiebres tifoideas, con el consiguiente peligro para el resto de encarceladas.

Cuando todavía no se habían apagado los ecos de la revuelta popular se encontró flotando en el río Tajo el cadáver del fiscal de la audiencia provincial de Toledo que se había personado en Talavera para instruir el proceso por los desórdenes ¹⁷. En un primer momento se pensó que el fiscal, soltero y de unos cincuenta años de edad, había sido asesinado, pero luego se comprobó que se trataba de un suicidio ¹⁸.

Durante unos días el Ayuntamiento, con el fin de favorecer el asentamiento de la paz, suministró pan a todos los vecinos que lo deseaban al precio de veinticinco céntimos, pero a los pocos días se agotaron los recursos económicos ofrecidos por los mayores contribuyentes locales. Entonces se volvió a la vieja fórmula de suministrar bonos de comida exclusivamente a las familias más necesitadas para adquirir las dos libras de pan al precio de treinta y cinco céntimos ¹⁹.

Aunque se restableció el orden en la ciudad, en prevención de que pudiesen originarse nuevos sobresaltos, dado la "*intranquilidad constante para el porvenir*" ²⁰ que el motín había producido en una época en la que el orden público, que de hecho estaba militarizado, era una asignatura esencial para las clases que detentaban el poder político y económico en la Restauración, las autoridades locales solicitaron un incremento de las fuerzas de la guardia civil, que pasaron a estar integradas por doce guardias de infantería y ocho de caballería. Asimismo, el alcalde solicitó en varias ocasiones, con el fin de reforzar más la seguridad, el establecimiento de un destacamento militar en la ciudad, pero esta petición no tuvo éxito.

En los siguientes años fueron bastantes las ocasiones en las que el incremento del precio del pan generó protestas, que ya si estuvieron canalizadas a través de las organizaciones sindicales y de los partidos de la izquierda política existentes en la ciudad, pero ninguna de estas protestas provocó alteraciones importantes del orden público.

BENITO DÍAZ
Historiador

NOTAS

1. Desde que en 1890 se instauró en España el sufragio universal masculino, únicamente tenían derecho al voto los varones mayores de 25 años, que son los que se inscribían en el censo electoral, donde se registraba su profesión.
2. Archivo Municipal de Talavera de la Reina. Producción de Cereales, 20 de septiembre de 1897.
3. Los cosecheros de cereal calificaron en 1898 de regular la cosecha de cebada y como mediana la de trigo, centeno y avena (A.M.T. Producción de cereales, 26 de septiembre de 1898).
4. Durante el dominio republicano aparecen de nuevo las profesiones artesanales en el seno de la corporación municipal, aunque los propietarios, los comerciantes y los industriales siguieron siendo mayoritarios en ella.
5. A veces también se abrían suscripciones populares para recaudar dinero con el que poder paliar en lo posible las necesidades más perentorias de las clases menesterosas.
6. La enorme importancia que el pan tenía en la alimentación hizo que cada subida de su precio fuese acompañado de protestas vecinales y de manifestaciones obreras. También resultó fuente de continuos conflictos el control de su peso, ya que algunos panaderos sisaban en el peso del pan a diario, de ahí que las multas impuestas por los inspectores de consumo y por la policía municipal por este motivo fuesen numerosas, como lo prueban los libros de multas municipales de este período.
7. En Talavera las autoridades recordaban las efemérides del día 2 de mayo de 1808 con la celebración de una solemne misa en la Colegial.
8. CARLOS SERRANO, *Le tour du peuple*. Madrid, Casa de Velázquez, 1987, p. 44.
9. *La Campana Gorda*. Toledo, 12 de mayo de 1898.
10. CARLOS SERRANO, op. cit., p. 46.
11. La Correspondencia de España, 4 de mayo 1898. El anticlericalismo cobró cierta importancia en la sociedad talaverana de finales del siglo pasado y en los primeros años de la centuria actual.
12. FULGENCIO FARINÓS DELHÓN: *Mayo de 1898. Apuntes sobre los asuntos ocurridos en Talavera de la Reina, en los días 2 y 3 del expresado mes*. Talavera de la Reina, Rubalcaba, 1898, p. 13.
13. RAFAEL VALLEJO POUSSADA, "Pervivencias de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892". *Historia Social*, número 8, Otoño, 1990, p. 17.
14. FULGENCIO FARINÓS DELHÓN: op. cit., p. 19.
15. La primera organización sindical local de la que se tienen datos se crea en 1903 y fue la Unión de Oficiales Albañiles, que no llegó a desempeñar un papel destacado dentro del marco de las reivindicaciones obreras. Tampoco los políticos republicanos apoyaron de una forma partidista la revuelta.

16. El teniente Leardy, un sargento y ocho número de la guardia civil de caballería habían salido el día anterior de Toledo y llegaron a Torrijos en poco más de una hora, pero luego debieron estar esperando bastante tiempo hasta que el jefe de la estación del ferrocarril les encontró un tren en el que pudieron ser transportados hasta la estación de Talavera.

17. El cadáver del magistrado presentaba señales que hacían presumir que había sido asesinado, aunque de esta cuestión se carece de más noticias.

18. *La Campana Gorda*, Toledo, 19 de mayo de 1898.

19. A.M.T. Carpeta de Bandos, 22-5-1898.

20. FULGENCIO FARINÓS DELHÓN: ...op. cit..